
Vanidad de Vanidades

Francisco Acebal

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7140

Título: Vanidad de Vanidades

Autor: Francisco Acebal

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 7 de noviembre de 2021

Fecha de modificación: 7 de noviembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Vanidad de Vanidades

Los vaivenes de la moda decorativa, que en cada época impone á las moradas como á los hombres, distintos perjeños, avicindaron en un saloncito de los duques de Montiel, una Venus de mármol y una armadura de hierro. La escultura, copia fiel de Venus Capitolina, pretende encubrir su desnudez de niña casta, apenas adolecida, en la entibiada luz de un rincón, sobre los tonos marchitos de un tapíz flamenco; su cuerpo tiembla de pudor y sus manos encienden deseos de mirar lo que recatar intentan.

La armadura, esplende al pié de una chimenea tallada en roble. Caladas la visera y ventalla de la celada borgoñona, reluciente la coraza tranzada, de la que penden escarcelas de launas, forradas con terciopelo carmesí; enteros los quijotes y las grebas que rematan en los piés por alpartaces de mallas. Hermoso ejemplar, milanés por la elegancia de las líneas, nurembergo por lo varonil, y sobrio del adorno.

La vida monotoná y tristona de aquel viejo palación, se alteró una noche con desusada batahola mundana que rebullía en salones, lejanos del gabinete en que estaba la armadura y la Capitolina.

El rumorcillo de fiesta, resonó tímido de estancia en estancia, llenando por un instante, salones siempre cerrados, desiertos, austeros.

Venus temblaba de verse envuelta en luz, expuesta á las miradas de un mundo frívolo, de gentecillas procaces.

—Vecina, vecina,—exclamó dirigiéndose á la armadura—vecina, por Dios, quite ese ceño tan hosco que me

da miedo, humanícese un poco, rompa usted por unos instantes esa tiesura.

Y la armadura, con su continente rígido:

—¿Quién charla ahí?

—Soy yo, vuestra vecinita de hace cuatro días. ¡Qué sola me encuentro! No sé por qué me trasladaron aquí, desde aquella galería tan alegre, tan asoleada, con su alcahaz de aves cantoras, con sus chorrillos de agua, y sus plantas exóticas, que encubrían con los abanicos verdes de las hojas, las líneas purísimas de mi cuerpecito hermoso.

—¡Miren la presumida!

—Aborrezco la hipocresía; recuerdo que en tiempos muy remotos, pasé años y años contemplándome en las aguas de un estanque: su fondo verdoso, reflejaba temblando de gusto mi gentil figura; después, los espejos de este caserón, se disputaron mi imagen, apoderándose de ella en todas partes y por todos lados, sin respetos ni miramientos; las gentes que me contemplan con casto mirar, celebran las líneas de mi cuerpo, que penetran puras en la fantasía, sin que rocen ni manchen los sentidos. No puedo negar que soy hermosa. ¡Nací en Grecia, patria del arte!

—Y yo en Italia, patria del arte también. Dos siglos corrí el mundo entre gloriosas aventuras, hasta arrumbar mis abollados miembros en la armería de los Montieles, venerables dueños míos. En ella encontré descanso á mis andanzas guerreras; pero hace cuatro días me trajeron aquí para dar guardia de honor en la ante-cámara nupcial del duque de Montiel.

—¡Guardia de honor! No tanto, vecinita mía. Sepa usted que hemos venido aquí, para adornar las habitaciones íntimas de los nuevos esposos, con joyas del arte y con trofeos de sus antepasados.□

—¡Mentís, vecina, mentís!

—¡Qué palabrotas!

—Que mentís digo. Yo, la que vencí en Italia, la que primero entró en Haarlem, la que sintió dentro de sí palpitar y latir tres generaciones de esforzados caballeros, venir á dar en muñeco ornamental de la antecámara de unos novios.

—Eso, eso, en *bibelot* recién llegado de París.

—Y todo, quizá, por un capricho de la nueva duquesita; será niña casquivana, capaz de engalanarse con el nombre de Montiel, sin saber del heroico pasado de la casa en que penetra.

—¡Qué lengua! ¡Qué boquiota! Y el duque, ¿porqué no ha prohibido esa ofensa tan grave inferida á su linaje?

—El duque... ¡ah! Ni V. ni yo le conocemos; embebecen sus días los cuidados de la patria, esta patria grande, que sus mayores forjaron á hierro y fuego. Ya vé Vd., es senador y al mismo tiempo es guerrero, guerrero, claro está, á la moderna, un general valiente, según cuentan y gallardo. Si él supiera que estoy aquí, él, que respetará las armas y armaduras de su estirpe sin exponerlas á humillaciones y bajezas.

—Resígnese V. vecina, como yo me he resignado.

—V. está en su lugar; V. nació para ser eternamente objeto de adorno.

—Es verdad. ¡Modesto papel! Y sin embargo, la humanidad entera se rinde ante mí, soy la diosa de los amores.

—Y yo reina de las victorias, en los campos de batalla.

—Tal vez; pero tú, triunfas sobre los cuerpos, yo, triunfo sobre las almas.

—¡Orgullosa Venus! á tí te adoran los hombres; á mi me adoran los pueblos.

—Triste condición la tuya, hueca armadura, solo serviste para matar hombres.

—Y tu, para matar sus corazones.

—Me envidias, implacable guerrera, porque mis triunfos están simbolizados en una cuna y los tuyos en un sepulcro. Yo doy la vida, tu das la muerte.

—Pero es muerte que redime. Yo doy gloria.

—Yo doy más; doy el amor.

A este punto llegaban del animado diálogo, cuando la armadura vió á la luz escasa de la estancia, una sombra que avanzaba.

—Silencio chiquilla, que viene mi señor.

Y era la verdad; el duque de Montiél, vestido de general, colgantes del pecho cruces, arrequives y garambainas, penetró en la antecámara inquieto, husmeante.

Venus, clavó en él su mirada, y al ver á un guerrero achaquiento, encorvado y caduco, volvió el rostro á la armadura, que ya corrida estaba y sin más palabras, soltó una carcajada fresca y sonora.

Cortó la risa burlona de Capitolina, la aparición de una mujer; la duquesita, joven, hermosa como un ángel.

Su presencia estremeció de placer á Venus y de despecho á su vecina.

El de Montiél tambaleando, echó al cuello de la esposa sus alfeñicados brazos y entre melosas caricias le dió un beso de amor.

La armadura, lanzó entonces á la faz de Venus, tan solemne risotada, que hizo tomar tonos de rosa, al mármol blanco de Paros.

Francisco Acebal



Francisco López Acebal (Gijón, 5 de abril de 1866-Madrid, 5 de septiembre de 1933) fue un escritor y periodista español.

Nacido el 5 de abril de 1866 en la ciudad asturiana de Gijón, inició sus estudios en el Instituto Jovellanos de su villa natal y los prosiguió con los Escolapios de Madrid. Se licenció en Leyes por la Universidad Central.

Aunque ya había empezado su carrera literaria a los trece años en el diario gijonés El Comercio, su primer éxito literario lo alcanzó en 1900, cuando ganó con su novela corta Aires de mar el primer premio de un concurso de la revista Blanco y Negro, en cuyo jurado estaban José Echegaray, Benito Pérez Galdós y José Ortega Munilla. Desde esa fecha colaboró en los mejores periódicos y revistas de España (Blanco y Negro, Helios, Hojas Selectas, ABC, La Ilustración Española y Americana, etc.) e Hispanoamérica (Diario de la Marina de La Habana y La Nación de Buenos Aires).

Simpatizante del krausismo, fundó en 1901 y dirigió después La Lectura. Revista de Ciencias y de Artes (1901-1920), la revista intelectual más prestigiosa de su época, desde cuyas páginas promocionó a los autores de la generación del 98 y a cuya sombra aparecieron después dos colecciones de libros famosos: Pedagogía Moderna y Clásicos Castellanos, asociadas a las ideas de la Institución Libre de Enseñanza y al Centro de Estudios Históricos respectivamente. Colaboró estrechamente en estos proyectos con Julián Juderías, Domingo Barnés Salinas y otros.

Fue nombrado en 1907 vicesecretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, donde ayudó a su secretario José Castillejo a formar a nuevas generaciones de científicos.

En su teatro se hacen patentes las influencias de Benito Pérez Galdós y de la comedia de Jacinto Benavente; adaptó a la fórmula dramática algunas novelas del primero, como El amigo Manso, muy celebrada en su estreno en el teatro Odeón el 20 de noviembre de 1917, o Misericordia. Más importante es su narrativa, de un cuidado lenguaje, con novelas que han sido traducidas al inglés (Dolorosa, por ejemplo, de 1904), francés, portugués y holandés. Dejó bastante obra inédita.